

Paco Abril

# Los dones de los cuentos



Octaedro 

Colección Recursos educativos

Título original: *Los dones de los cuentos*

Primera edición: julio de 2014

© Francisco Abril Berán

© De esta edición:

Ediciones Octaedro, S.L.

Bailén, 5 – 08010 Barcelona

Tel.: 93 246 40 02 – Fax: 93 231 18 68

[www.octaedro.com](http://www.octaedro.com) – [octaedro@octaedro.com](mailto:octaedro@octaedro.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9921-587-7

Depósito legal: B. 17.605-2014

Diseño de la cubierta: Ana L. Chicano y Tomás Capdevila

Escultura en piedra: «Paternidad», Paco Abril

Diseño y producción: Editorial Octaedro

Impresión: Novagràfik

Impreso en España – *Printed in Spain*

# Índice

Agradecimientos.....	13
Prólogo. La distancia más corta.....	15
Capítulo 1. Los cuentos, ficciones necesarias.....	19
Capítulo 2. El don del afecto.....	29
Capítulo 3. El don del consuelo.....	37
Capítulo 4. El don de la palabra.....	45
Capítulo 5. El don del pensamiento.....	55
Capítulo 6. El don de la identificación o del espejo.....	65
Capítulo 7. El don de la imaginación.....	85
Capítulo 8. El don de la fuga.....	93
Capítulo 9. El don del deseo lector.....	101
Capítulo 10. El don de la empatía.....	109

Capítulo 11. El don del conocimiento ..... 115

Capítulo 12. El don de la atención ..... 123

Capítulo 13. El don de la verdad ..... 131

Capítulo 14. El don de la prevención ..... 141

Anexo 1. Campaña de fomento de la lectura:  
*Contadnos cuentos, por favor* ..... 149

Anexo 2. Apuntes para una teoría del contar ..... 157



Yo no cito a otros más que para expresar mejor mis pensamientos.

MICHEL DE MONTAIGNE



Nota: Las citas que aparecen en el libro han sido cuidadosamente escogidas para iluminar lo que se desarrolla en cada capítulo.

## AGRADECIMIENTOS

Agradecimiento muy especial a la revista CLIJ (*Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil*), personificado en Victoria Fernández y Gabriel Abril, mi hijo mayor, que acogieron en las páginas de su emblemática revista la primera versión de *Los dones de los cuentos* publicándolo en ocho capítulos.

A Ana Recio, que realizó el impagable trabajo de leer el manuscrito original con la atenta lupa de su maestría aportando rigurosas, atinadas y pertinentes correcciones.

A Sonia Segarra, que siguió con más pasión que si fuera suyo la elaboración de este libro desde sus inicios aportando siempre su enriquecedor punto de vista.

A Marino Pérez Álvarez, cuyo esclarecedor y desmitificador libro *El mito del cerebro creador* hizo que me replanteara la redacción de los capítulos dedicados a los dones de la identificación y de la empatía.

A Miguel Ángel Santos Guerra, que ha tenido la amabilidad de escribir el cariñoso y más que generoso prólogo que, cual sabroso aperitivo, abre el libro.

A Manuel, mi hijo pequeño, que me ha dado claves fundamentales para entender mejor muchos temas sobre los que he indagado al elaborar esta obra.

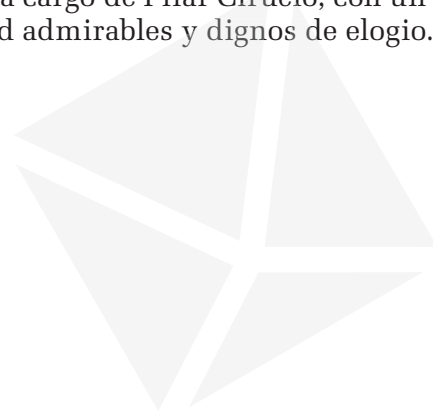
A la contadora de cuentos argentina Graciela Deza, que me regaló dos libros fundamentales para mi inves-

tigación: *La fábrica de historia* y *La palabra amenazada*, que son muy difíciles de encontrar en España.

A Gabriela Villagrán, gran amiga, que construyó un puente de palabras entre Uruguay y Gijón, y me envió, inédito todavía en libro, el fabulosos relato de Galeano que aparece en el capítulo sobre teoría del contar.

A todos los autores y autoras con los que he tenido el gran placer de conversar durante años y años a través de bulliciosas, intensas y distendidas tertulias que sostuve con sus libros, que son los que aquí aparecen citados.

A la Editorial Octaedro, cuyo director, Juan León, acogió este libro con los brazos abiertos y elaboró su edición, que estuvo a cargo de Pilar Ciruelo, con un esmero y profesionalidad admirables y dignos de elogio.



## PRÓLOGO

### La distancia más corta

Alguien ha dicho que la distancia más corta entre una persona y la verdad es un cuento. Suscribo al cien por cien el aserto, aunque probablemente no pueda demostrar científicamente su veracidad. Los cuentos nos acercan a la verdad, nos conducen de manera eficaz hacia el conocimiento, estimulan nuestra imaginación y despiertan nuestro interés. Pero, además, los cuentos alegran nuestros corazones, avivan nuestra emoción y desarrollan nuestra empatía. Lo he podido comprobar en mil y una ocasiones con niños y con adultos. Contando unas veces, escuchando otras.

En mis libros, conferencias y clases utilizo con frecuencia historias, cuentos y fábulas. En definitiva, narraciones que pretenden despertar la atención, alimentar la imaginación y compartir ideas y sentimientos. Los cuentos cautivan. Los cuentos seducen. Tengo miles de relatos acumulados y decenas de libros con cuentos de todo el mundo. Es un acervo de riqueza inagotable. *La estrategia del caballo y otras fábulas para trabajar en el aula* es un libro que publiqué hace años en Homo Sapiens (Rosario, Argentina) y que tiene como pretensión ofrecer una serie de cuentos para la enseñanza. Ya sé que Paco Abril tiene muchas y fundadas reticencias sobre la didáctica de la lectura que se hace en la escuela. Las comparto ple-



namente. Hay que leer para disfrutar, no para subrayar. Hay que leer para descubrir el mundo, no para señalar el predicado de cada oración. Hay que leer para que vibre la emoción, no para localizar las diéresis y los diptongos. En las clases se han hecho aburridos los aprendizajes, e incluso la lectura, que de por sí es una actividad apasionante. Porque la lectura ha estado alejada de la vida, de los intereses, de las emociones, de la pasión.

Me preocupa la lejanía que tiene el currículum respecto a los intereses de los estudiantes, a sus preocupaciones, a la esencia de su vida.

Una profesora de biología le preguntó a una adolescente ensimismada: «Dígame, señorita, ¿cuántas patas tiene un artrópodo?». Y la adolescente, suspirando, respondió: «¡Ay, profesora, ya me gustaría a mí tener los problemas que usted tiene!».

Fruto de esos planteamientos defectuosos del profesorado y de la desafección de muchos padres y madres hacia los libros y hacia los cuentos, ha surgido el rechazo a esa apasionante experiencia que es la lectura. Recuerdo una anécdota que contó Eduardo Haro Tecglen en su columna de *El País*. Estaba haciendo una mudanza y un joven transportaba, sudando y jadeando, una caja llena de libros. Eduardo le dijo: «Siento que tengas que hacer un esfuerzo tan grande. Los libros son pesados y la caja es enorme». El joven, dejando la caja en el suelo unos momentos, con gesto vivaz, le contestó: «Don Eduardo, no se preocupe por mí. Lo mío no tiene importancia. Lo malo es lo suyo, que tiene que leerlos».

Lo dijo Winston Churchill en una inquietante interpelación a los docentes: «Me encanta aprender, pero me horroriza que me enseñen». Esto es, si me aburren, si me comparan, si no me quieren.

Mi querido amigo, Paco Abril, que es un mago de las palabras y un alquimista de los sentimientos, ha tenido la amabilidad de pedirme un prólogo para este hermoso

libro, hermosamente titulado *Los dones de los cuentos*. Título claro, breve y preciso. Paco Abril es una persona que sabe contar, escribir y titular. No es fácil hacerlo. Él es un maestro.

Los dones son los regalos que nos hacen los cuentos. Muchos y valiosos. De forma gratuita y permanente. Paco Abril nos habla de trece: los dones del afecto, del consuelo, de la palabra, del pensamiento, de la identificación o del espejo, de la imaginación, de la fuga, del deseo lector, de la empatía, del conocimiento, de la atención, de la verdad y de la prevención.

Las citas que el autor ha elegido para abrir las reflexiones sobre cada uno de los dones son excelentes. Paco Abril ha sabido recoger hermosas flores «de jardines ajenos», como reza el interesante título del libro de Bioy Casares. Lo mismo he de decir de las muchas referencias a autores consagrados que va desgranando a lo largo del relato.

Paco Abril ha leído mucho. Se le nota. (Cuando alguien nos dice que nunca lee, bien podría ahorrarse la confidencia.) Lo muestran las numerosas y ricas referencias que ha utilizado para la redacción de esta obra. Paco Abril, además, ha contado cuentos a miles y miles de niños. También se nota. Por eso el libro ofrece una magnífica simbiosis de teoría y de práctica.

El autor ha escrito un libro que no es fruto de la improvisación y de la prisa, sino de una larga y profunda reflexión, de muchas lecturas y de numerosas investigaciones que él mismo ha hecho sobre la teoría y la práctica de los cuentos. Este libro de Paco Abril ha surgido lentamente, como crece una flor, pacientemente regada, cuidadosamente protegida, persistentemente amada. Muchos niños y niñas le han oído contar cuentos largos y breves, propios y ajenos. Y sobre todos esos cuentos ha ido tejiendo, con los pensamientos y las emociones de los niños y de las niñas, una bella teoría que expone primorosamente en estas páginas.

En la más estricta coherencia utiliza en el relato algunos cuentos, de manera que muestra fehacientemente cómo nos enseñan y nos guían en el camino del aprendizaje. Paco Abril no es como aquella profesora de Lengua y Literatura que les decía a los alumnos antes de comenzar su, probablemente, prosaica lección: «Silencio, niños, comienza la clase de Lengua».

El libro ofrece, de forma casi sistemática, valiosas aportaciones de un pequeño filósofo que Paco Abril tiene en casa, su filósofo de cabecera. Me refiero a su hijo Manuel, que ha sido enriquecido por los numerosos cuentos que le ha contado su padre y que ha hecho exégesis admirables, algunas de las cuales ha querido compartir el autor con los lectores y las lectoras.

Este es un libro para padres y madres, que son los primeros docentes. La escuela es nuestra segunda casa, la casa es nuestra primera escuela. Es también un libro para quienes tenemos el encargo de la sociedad de guiar a los niños por ese camino maravilloso de la lectura, que nos llevará a los confines del mundo y al interior de nuestro corazón. Este es un libro para todos aquellos y aquellas que se apasionan por el arte y la ciencia de la palabra.

Paco Abril se ha olvidado de decir, por modestia, que este libro es un rico y singular don de los cuentos. Es un ramillete de dones. Le tendremos que estar eternamente agradecidos a este jovencito y entusiasta cuentacuentos. Él, que domina el arte de contar, me ha demostrado en *Los dones de los cuentos* que también tiene el don de la escritura.

Gracias y enhorabuena.

MIGUEL ÁNGEL SANTOS GUERRA  
Catedrático emérito de la Universidad de Málaga  
Primavera de 2014

## CAPÍTULO 1

# Los cuentos, ficciones necesarias

La ficción cuenta historias. Y a través de esas historias nos conocemos a nosotros mismos y a los demás. Un país sin historias sería un país sin espejo: no proyectaría ningún reflejo, y eso llevaría, en el mejor de los casos, a una existencia fantasmal, sombría. «¿Quiénes somos?», se preguntarían los ciudadanos. Y no habría respuesta. Un país así tampoco tendría corazón, pues la escritura es el arte de las emociones.

MARGARET ATWOOD,  
Premio Príncipe de Asturias de las Letras, 2008.  
De su discurso durante la entrega del galardón.

Los humanos no somos problemas o ecuaciones, sino historias; nos parecemos menos a las cuentas que a los cuentos. Es imprescindible, por tanto, que la enseñanza sepa narrar cada una de las asignaturas vinculándola a su pasado, a los cambios sociales que han acompañado su desarrollo.

FERNANDO SAVATER, *El valor de educar*.

Y yo creo que un libro sobre la narración tiene que dar ejemplo y contar cosas, ¿no te parece?

CARMEN MARTÍN GAITE, *El cuento de nunca acabar*.

*A todos, niños y mayores, nos fascinan los buenos relatos. ¿Por qué misteriosos motivos quedamos atrapados en esas tupidas redes tejidas con palabras? ¿Por qué esas ficciones nos son tan necesarias? En este libro se intenta dar respuesta fundamentada a por qué necesitamos cuentos de la misma manera que necesitamos alimentos.*

En el zoco de Casablanca un numeroso grupo de personas escucha con impresionante atención a un relator de historias situado en el centro de un amplio círculo. Me acerco curioso. El contador, vestido con elegantes andrajos, desgrana sus palabras con la persuasión de un consumado actor. ¿Qué contará que tiene al público subyugado?

En Los Silos, un pueblecito del norte de Tenerife de poco más de cinco mil habitantes, participo en un festival internacional de cuentos. Hay un número sorprendente de sesiones a partir de media tarde, todas para adultos y todas de pago, y todas las localidades están vendidas. El público, que abarrota los espacios reservados para contar, acude desde los más diversos lugares de la isla. Llegan hasta allí circulando por unas carreteras colgadas sobre la orilla del mar que marean solo con verlas. ¿Qué es lo que ofrece este festival de palabras que tanto atrae?

Hago memoria. Un verano, en la plaza de un pueblo de Andalucía, me dispongo a contar cuentos a las 12 de la noche, la hora mágica. Público de todas las edades acude con sus sillas de casa. Narro cuentos para niños que todos escuchan embelesados. ¿Qué experimentarán al oír esos relatos que los mantienen atrapados en sus asientos?

Miles de niños y niñas de todo el mundo piden a las personas a las que se sienten apegados a través del poderoso vínculo del afecto que les relaten historias antes de irse a dormir. ¿Qué les ofrecen los cuentos para que los soliciten con tanta vehemencia?

Observar la cara de un niño o de una niña cuando alguien le está contando un cuento que lo embelesa es ver en su rostro todos los signos del interés, de la atención, de la concentración que tanto desearían ver los maestros en sus alumnos. ¿Por qué se produce esta especie de abducción?

Los ejemplos de alguien que está narrando y alguien que está escuchando extasiado serían inagotables. He tratado de buscar una explicación satisfactoria al extraño fenómeno de por qué quedamos hipnotizados por los relatos que nos atraen. ¿Por qué a cualquier edad podemos quedar cautivados por el perfume que destila la sustancia volátil de las palabras engarzadas en una buena historia?

Desvelar estas preguntas sería algo así como descubrir lo que podríamos denominar el secreto de Sherezade. En la fabulosa compilación de cuentos titulada *Las mil y una noches*, una mujer, Sherezade, se salva de la muerte y libera a su país de la sanguinaria venganza de un tirano gracias a la narración de cuentos.

Este libro busca dar una respuesta al porqué del sorprendente poder que tienen las narraciones, pretende, nada más y nada menos, intentar encontrar el secreto de Sherezade.

Los lingüistas nos informan de que las palabras poseen dos dimensiones, una *cognitiva* y otra *emotiva*.

La *dimensión cognitiva* se refiere a la semántica, a la explicación y el análisis de sus significados. Es la dimensión a la que se llega aplicando nuestras capacidades de indagación, deducción y razonamiento.

En la otra cara tenemos la *dimensión emotiva*, que se refiere a los sentimientos que nos provocan las palabras, agitando, alterando o impresionando nuestro ánimo y produciéndonos aceptación o rechazo. De ahí que esta dimensión emotiva pueda ser, a su vez, positiva o negativa.

Apliquemos al cuento estas perspectivas de las palabras.

Desde el punto de vista emotivo-negativo, la palabra *cuento* ha sido y es sinónimo de embuste, falsedad, engaño, patraña, bulo. Cuántas veces hemos rechazado una idea, una historia, una argumentación porque nos parecía un cuento, esto es, una mentira. Cuando en una conversación o en una discusión alguien nos envuelve, y nunca mejor dicho, con afirmaciones que consideramos falsas o descabelladas, le espetamos: «¡Mira, déjate de cuentos!».

En esta dimensión emotivo-negativa, los cuentos son también chismes, enredos, difamaciones o calumnias que se inventan acerca de una persona para indisponerla con otra. El envidioso, por ejemplo, es un experto constructor de historias distorsionadas con las que pretende socavar la imagen del envidiado.

Por otro lado, bien han sabido utilizar la potencia de la narrativa los grandes poderes políticos y económicos con el fin de conseguir sus objetivos o refrendar sus acciones a través de falacias envueltas en cuentos. Esta sofisticada técnica de persuadirnos, seducirnos y manipularnos con relatos se ha desarrollado de manera sistemática en algunas universidades norteamericanas a partir de los años noventa. Los asesores de marketing de las grandes empresas y de los políticos, convencidos del gran poder de atracción de los relatos, convirtieron el «arte de contar historias» en «el arte de manipularnos a través de las historias».

El sociólogo Christian Salmon ha tratado de sacar a la luz esta sutil elaboración de mentiras en su libro *Storytelling*,<sup>1</sup> vocablo cuya traducción al español sería «el arte de contar historias». Quienes ejercen este noble oficio son los *storytellers*, que en nuestra lengua traducimos como «cuentacuentos». La Real Academia Española introduce este término en la vigésima tercera edición del

1. Salmon, Christian, *Storytelling*. Barcelona, Península, 2008.

Diccionario con la acepción de «persona que narra cuentos en público».

El poeta Louis Aragon definió el relato como un «mentir verdadero». Salmon subraya que existe una gran diferencia entre los relatos que dejaron, y siguen dejando, la huella inalterable de «su verdad» a través de los siglos y ese «mentir falso», que es el arte de engañar, de los que utilizan lo imaginario como medio de manipulación que se ha convertido en una «máquina de fabricar historias y de formatear las mentes».

Dice Salmon: «El arte del relato, que desde los orígenes cuenta, esclareciéndola, la experiencia de la humanidad, se ha convertido bajo la insignia del *storytelling* en el instrumento de la mentira del Estado y del control de las opiniones... El imperio ha confiscado el relato».

Salmon considera esta utilización de los relatos como un «increíble atraco a lo imaginario», y, a pesar de distinguir con claridad entre esas dos formas de mentir, la verdadera y la falsa, realiza en su ensayo una generalización abusiva del arte de contar, como si toda la narrativa se hubiera pasado con armas y bagajes al enemigo. Si bien es cierto que los poderes de todo tipo están utilizando la potencia de los relatos como forma de sutil dominación para convencernos de la bondad de lo que nos quieren vender, eso no significa, como parece desprenderse de las afirmaciones de Salmon, que todos los relatos, todos, y, por tanto, todos los cuentacuentos, todos, estén ya sin remedio al servicio exclusivo del poder, de la propaganda y de la mentira como un «arma temible de desinformación». Las historias, no nos engañemos, siempre han sido utilizadas para dominar, pero también han servido y sirven para removernos por dentro; han servido para adocenas, cierto, pero también para agitar. Sirven para hacernos pensar a favor del poder, pero también para cuestionar cualquier poder, para ponerlo en solfa, para reírse de sus miserias, como en el célebre cuento de



*El traje nuevo del emperador*. Sí, los relatos se utilizan para «formatear las mentes» –lo que, por otra parte, es una muestra más de su potencia–, pero también siguen sirviendo para liberarlas.

Hay quien piensa, continuando en esta dimensión negativa, que los cuentos son narraciones circunscritas solo al mundo infantil, un mal menor para engatusar a los más pequeños, o para endilgarles mentiras que los lleven a donde el adulto desee. Es lo mismo que pretenden los defensores de los relatos manipulados, que tratan a los ciudadanos como si fuesen niños cándidos fácilmente influenciables.

Incluso quienes publican cuentos a veces tiran piedras contra su propio tejado. Así, una prestigiosa editorial de literatura infantil y juvenil, contagiada por esta creencia, lanzó hace algunos años por televisión para publicitar una colección juvenil un desafortunado eslogan que rezaba: «Tú ya no estás para cuentos». Es decir, tú ya no estás para relatos que solo son para niños pequeños. Tú tienes que leer algo sólido, no las papillas de los cuentos. Debo decir que, al comunicarles a través de una carta la contradicción en la que incurrían, la editorial, asumiendo su error, cosa que le honra, cesó de inmediato la emisión del anuncio.

A un escritor y político de gran predicamento le oí manifestar en la radio que, dado que los cuentos son mentiras, no comprendía esa afición de los niños por los embustes.

Pero volvamos un momento a esas historias como vehículo de engaño para dejar constancia de que todo esto de contar cuentos para subyugar a las gentes viene de muy antiguo. Al hablar de los inicios del cuento en la *Breve historia de la literatura española*,<sup>2</sup> sus autores

2. Alvar, Carlos; Mainer, José-Carlos; Navarro, Rosa, *Breve historia de la literatura española*. Barcelona, Alianza Editorial, 2005.

afirman que, a partir de Juan Manuel, «el cuento seguirá vinculado durante mucho tiempo a la predicación». Estos investigadores de primer orden saben muy bien de lo que hablan cuando aseguran que «la relación entre los sermones y los cuentos no deja lugar a dudas».

Pasemos ahora a la cara opuesta de la dimensión negativa.

Desde el punto de vista emotivo-positivo, los cuentos ascienden a los altares. Ya no son sinónimo de la mentira, representantes del engaño, disfraz del farsante, sino palabra que salva. Los cuentos, para los muchos creyentes del papel trascendental de las narraciones, son algo así como una religión que tiene el poder de elevar a un estado casi místico a quienes los escuchan con devoción. Hay que oír a los creyentes de esta religión defender el cuento con un arrobamiento que para sí quisieran algunas confesiones religiosas. Existe todo un movimiento de contadores salvadores, que pretenden revelarnos «la verdad» a través de las historias que nos narran. Una verdad con propiedades curativas solo accesible a los iniciados en este arte. Son primos hermanos de los *storytelling* del marketing, que, a buen seguro, se encontrarían como pez en el agua en esta faceta del cuento como autoayuda.

El narrador de esta dimensión arrobada es algo más que un mero transmisor de una historia; es un sacerdote, un gurú de la Palabra cuyos relatos son siempre parábolas morales que sirven para iluminar el camino a sus seguidores. Oyéndoles contar, se diría que creen poseer un soplo divino dirigiendo su espíritu. En medio de un relato engolan la voz, lanzan con un suspiro una palabra al aire, miran al público congregado, que les escucha extasiado; esperan que esa palabra surta el efecto deseado. Quienes los escuchan no son espectadores, son fieles que reciben su verbo como una gracia divina con poderes transformadores.

Y siguen contando, oyéndose sobre todo a sí mismos y creyendo siempre que han logrado lo que les gusta llamar una «comunidad de la palabra».

Vistas las trampas emocionales que nos pueden tender los cuentos, pasemos ahora, con toda cautela, a tratar de entender su potencia desde una dimensión cognitiva, esto es, desde una perspectiva que nos permitirá conocer lo que los cuentos les ofrecen, sobre todo, a los niños y las niñas que los escuchan. No quiere eso decir que ahora vayamos a dejar de lado la visión de los sentimientos; muy al contrario, pues todo lo humano está afectado por estos agitadores del ánimo. Teniéndolos muy en cuenta, vamos a tratar de averiguar por qué los relatos, tan cargados siempre de emotividad, poseen ese inmenso poder de atracción.

Siguiendo al neurólogo Oliver Sacks, los seres humanos nos mostramos a los demás como si fuésemos historias andantes, con un pasado, un presente y una expectativa, positiva o negativa, de futuro. Los demás leen esas historias sin que, demasiadas veces, esa lectura sea coincidente con la que hemos elaborado y en la que nos reconocemos.

Y nos inventamos fábulas sobre nosotros, sobre los demás y sobre la realidad. Somos, en suma, cuentos de cuentos que van contando cuentos e interpretándolos a nuestra manera. Poseemos una conducta «fabuladora» que nos permite ser incansables fabricantes de historias. Pero ¿por qué lo hacemos? El gran psicólogo Jerome Bruner argumenta que «narramos para darle sentido a nuestras vidas, para comprender lo extraño de nuestra condición humana».

Más aún, utilizamos los relatos –sorpréndanse– como material de supervivencia. La vida se nos haría insoportable si tuviéramos en todo momento conciencia plena de nuestra situación vital. Muy consciente de esto, el escritor Eugene O'Neill escribió: «Los seres humanos necesitamos defendernos mediante ficciones».

Centrémonos en la infancia, aunque sospecho que lo que se teorice sobre el poder de la narrativa para los niños será válido, con pocas matizaciones, para todas las etapas de la vida.

Las preguntas que han impulsado esta investigación son: ¿Por qué todas las noches, antes de disponerse a dormir, miles de bocas infantiles en diferentes lenguas solicitan que se les relate un cuento como si fuera el pasaporte imprescindible para adentrarse en el país de los sueños? ¿Por qué los cuentos tienen ese enorme y misterioso poder de atracción? ¿Por qué los niños y las niñas solicitan cuentos como si les fuera la vida en ello? ¿Qué les dan esas ficciones que tanto les atraen?

En esta tarea indagadora he navegado por la extensa red de libros que podían ayudarme a encontrar respuestas a estas preguntas.

Paul Auster, uno de los pocos autores que casi siempre introducen alguna referencia atinada a la infancia en sus relatos, escribe en *La invención de la soledad*: «Dicen que si los seres humanos no pudieran soñar por las noches se volverían locos; del mismo modo, si a un niño no se le permite entrar en el mundo de lo imaginario, nunca llegará a asumir la realidad. La necesidad de relatos de un niño es tan fundamental como su necesidad de comida y se manifiesta del mismo modo que el hambre».<sup>3</sup>

Siguiendo esta afirmación, adelanto que los cuentos, las ficciones para los más pequeños, son una necesidad vital. ¿Qué argumentos fundamentan esta necesidad? Una hipótesis de partida: los cuentos se dirigen al «oído emocional» de los niños, que me atrevo a decir es su oído más fino. Ese oído está muy desarrollado en las etapas más tempranas de la vida, cuando los niños sienten y no saben explicar lo que sienten.

3. Auster, Paul, *La invención de la soledad*. Barcelona, Edhasa, 1990.

Los más pequeños suelen recibir los sermones, los discursos y las charlas con las puertas cerradas de su receptividad; sin embargo, acogen los cuentos con las puertas abiertas de su afectividad, porque el relato no intenta aleccionarlos, sino emocionarlos.

Podemos considerar los cuentos como mapas emocionales de la infancia, mapas que les permiten situarse, entenderse, entrever por qué sienten lo que sienten, penetrar en el intrincado paisaje de uno mismo y contemplarse desde otra perspectiva diferente; esa perspectiva sorprendente de «verse en los otros» sobre la que profundizaremos más adelante. Esto mismo es lo que decía el gran actor Josep Maria Pou refiriéndose al teatro, que también es otra forma de ficción: «Solo viéndonos representados, viéndonos a nosotros mismos *fuera de nosotros*, podemos llegar a conocernos, entendernos, aceptarnos y hasta querernos más y mejor».

Esos mapas emocionales también les muestran el mundo en su complejidad y crudeza, acercándoles a comprender mejor lo real a través de lo imaginario.

Dar esos mapas emocionales es regalar posibilidades nuevas o dones para disponer de una mejor percepción del mundo. Dones como los que ofrecían las hadas y otros seres con poderes especiales en los cuentos tradicionales. Por ello considero los cuentos ficciones necesarias.

Esos regalos inmateriales, esas dádivas, esos dones, son los que reciben los niños cada vez que alguien que tiene una relación afectiva con ellos les narra una historia.

